



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© Del texto: 2024, Nando López. c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

© De las ilustraciones: 2024, Nicolás Castell

© De esta edición:

2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-570-6

Depósito legal: M-26614-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2025



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NANDO LÓPEZ    NICOLÁS CASTELL

# TENÍAMOS 15 AÑOS

loqueleq



*A mi padre, que me enseñó a montar en bici,  
a contar el cuento de El Gato con Botas  
y a ser libre.*



*El yo que le habían enseñado a ocultar,  
comprendido al fin, redobló su poder y se hizo sobrehumano.*

*Maurice*  
E. M. FORSTER

*¿Qué se siente al ser eterno?  
Dime qué se siente cuando el tiempo está de más.  
Para ser tan increíble  
no lo puedo recordar.*

«¿Qué se siente al ser tan joven?»  
LA CASA AZUL





MANU QUINTANA

# TENÍAMOS 15 AÑOS



© Del texto e ilustraciones: 2021, Manu Quintana

© De esta edición: 2021, Loqueleo

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-888-9

Depósito legal: M-20012-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2021

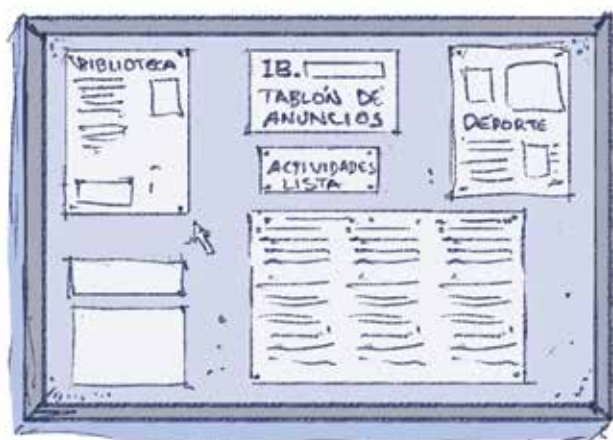


Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

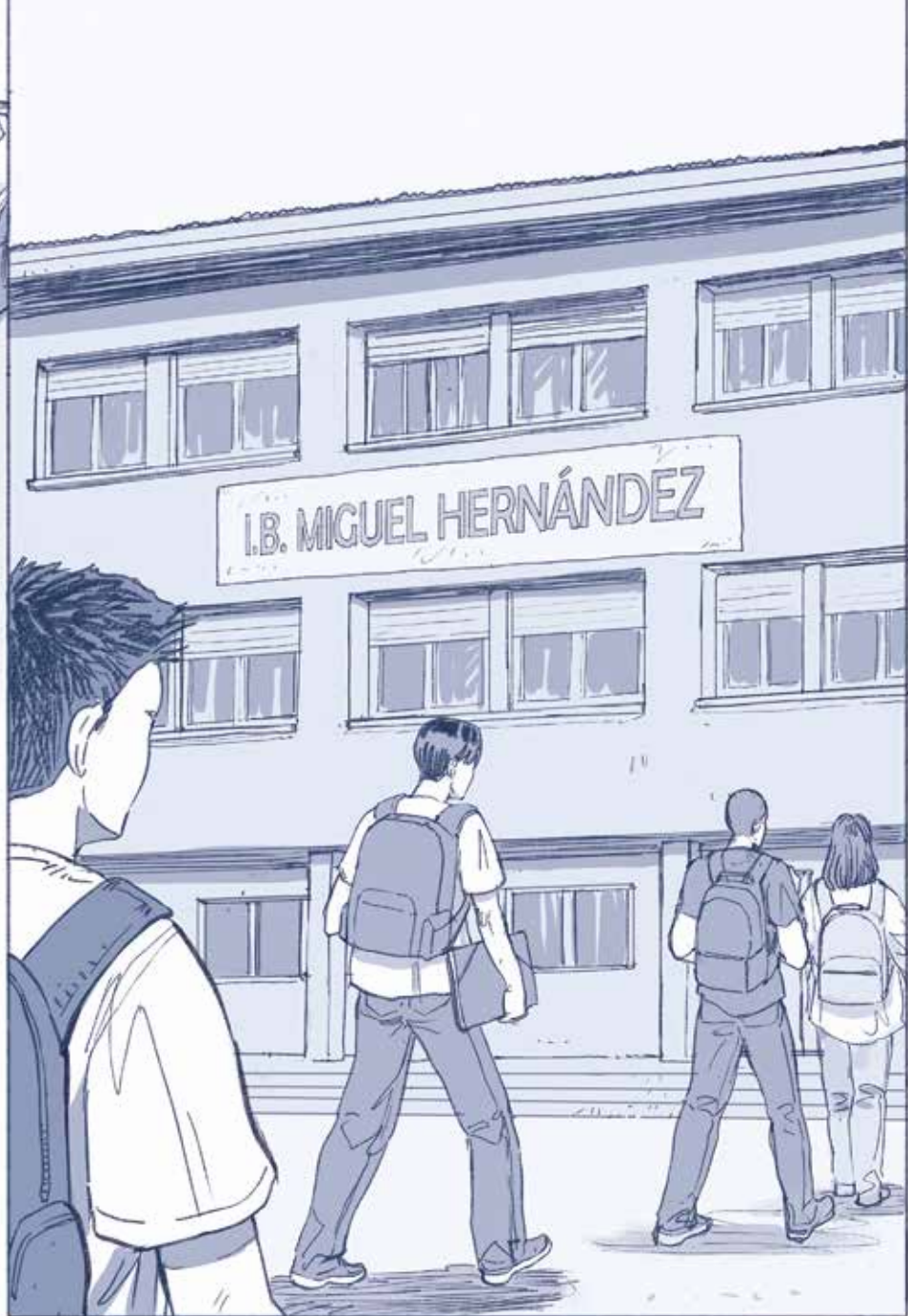
I

# Sensación de vivir





Al día  
siguiente...





¡Eh, Candy  
Candy! ¿No te  
alegras de vernos  
o qué?





LISTA 2ªB

García Contreras, David: Informática  
Galan Alvarado, Adrián: Informática  
Gómez Quintana, Emael: Informática  
Guerra Fernández, Felipe: Informática  
Gutiérrez Blanco, Laura: Informática  
Heras Loayza, Jonathan: Informática  
Heredía Hurtado, Ana: Informática  
Ibarra Castro, Lucía: Informática



LISTA 2ªE

Alonso Navarro, Jesús: Teatro  
Fernández López, Juan: Teatro  
Gómez Martín, Verónica: Teatro  
Gómez Soría, Rubén: Teatro  
López Martínez, Fernando: Teatro  
López Ruiz, Enrique: Teatro  
Muñoz Díaz, Raúl: Teatro  
Ortiz Armando, Rubén: Teatro  
Rodríguez Campos, Saúl: Teatro





Lo siento, pero el plazo para cambiar de optativa se ha cerrado. Además, la de teatro está llena.



Aurora, una plaza en teatro sí podemos sacar, ¿no te parece?







Phew...



# Capítulo 1

## El regreso

—Lo notarás todo muy cambiado, ¿verdad?

Asiento con vehemencia, porque sé que es la respuesta que espera Marisa, pero la verdad es que no.

El Miguel Hernández sigue siendo el Miguel Hernández. Las mismas paredes verde lánquido. Los mismos pupitres en idéntico verde, como si se hubiera decidido convertir ese color, aparentemente inofensivo, en la amenaza cromática de las seis horas al día que, durante los próximos nueve meses, aguardan a sus dueños. Las mismas pizarras (por supuesto, también verdes) junto a las que ahora hay otras tantas pizarras digitales.

Entre los cambios más notables: unos cuantos carteles que recuerdan que no se pueden usar móviles (la última vez que estuve aquí no es que no estuvieran esos carteles, sino que ni siquiera había móviles) y un rincón arcoíris en la biblioteca contra el que, según me cuenta Marisa, protestó un profesor el curso pasado.

—Nos acusó al equipo directivo de «adoctrinamiento», y se empeñó en obligar al claustro a votar si se hacía desaparecer tanto el rincón como la bandera que pusimos para identificarlo... Por suerte, la mayoría votamos que no. Y ahí sigue.

«Rincón» es un sustantivo muy optimista.

Se trata de un par de estanterías con unos cuantos libros que reconozco enseguida y donde se echa de menos un catálogo más amplio que el presupuesto de la biblioteca no alcanza para adquirir. Eso último no necesito que Marisa me lo explique, básicamente, porque ese presupuesto forma parte de lo que no ha cambiado en los treinta años que han pasado desde que salí de aquí.

—El tuyo lo tenemos. —Marisa, en la que el tiempo sí ha dejado sus huellas, me sonrío y, para mi sorpresa, saca mi cómic del rincón-estantería.

—Vaya, ahora sé quién compró el otro ejemplar, además de mis padres.

—No exageres, Manu. Seguro que no te ha ido tan mal...

Podría decirle la verdad.

Que me pedí una excedencia para escribir y dibujar esa novela que llevaba años persiguiéndome, porque creía en esa historia y estaba harto de vivir enfadado con el mundo por no haber conseguido acabar nada que valiera la pena publicar.

Que trabajé en esas viñetas año y medio, mientras sobrevivía con lo poco que tenía ahorrado, dando clases particulares y haciendo encargos puntuales de ilustraciones que me solicitaban a través de mi cuenta de Instagram.

Que, después de arrastrarme por decenas de editoriales, al final di con una a la que le interesó mi estilo y que me propuso una oferta razonable y hasta un anticipo jugoso para esa y otras dos novelas más, convencíendome de que mi cómic iba a ser una de sus grandes apuestas.

Que nadie me advirtió de que el primer mes en las librerías era esencial y que más me valía destinar todas mis energías a tiktokear el libro una vez escrito antes que esforzarme tanto en escribirlo bien.

Que, como mi obra no fue precisamente un éxito fulgurante, enseguida abandonó el mostrador de novedades para convertirse en carne de devolución.

Que de la lista de prestigiosos premios a los que, según mi editorial, iba a optar, entre el vacío tiktokero (donde me sentía perdido y, sobre todo, mayor) y el vacío de la crítica especializada (cuya mayor especialidad consiste en obviar los libros que no quieren apoyar), no conseguí ninguno.

Y que la editorial decidió rescindir el contrato de mis dos siguientes novelas, dejándome en tierra de nadie hasta que los cargos bancarios —esas cosas prosaicas del alquiler, la luz o internet— me recordaron que, ahora que las musas me habían dado esquinazo, era el momento de regresar a las aulas, solo tres años después de haberlas abandonado.

Podría contarle todo eso, sí.

—No fue mal, la verdad.

O mejor no.

Marisa me sonrío de nuevo y yo me ahorro las explicaciones sobre un fracaso que todavía no he asumido y que me ha forzado a retomar un trabajo del que me alegraba de haber huido definitivamente.

No porque odie dar clase (bueno, los lunes a primera y los viernes a última, un poco sí), sino porque nunca he sentido que fuera lo mío.

Hice Filología porque quería escribir. Bellas Artes porque quería pintar. Y en las dos me di de bruces con una realidad tan estúpida como incuestionable: tengo un enorme talento como estudiante y unas cualidades más que mediocres como artista.

Se me dio bien sacar matrículas de honor en ambas, pero hasta la fecha he demostrado más mi valía haciendo exámenes, tesinas y trabajos de investigación que creando obras propias.

Ese cómic era mi ocasión de demostrar que aún podía conseguirlo.

Pero no funcionó.

—Me hizo mucha gracia lo de *Sueño de una noche de verano*... —me confiesa Marisa—. Ya me habría gustado a mí haber empezado las clases con algo así de sofisticado.

—Quedaba bien —me justifico, consciente de haberme permitido un buen arsenal de licencias estilizadoras en ese cómic donde lo autobiográfico convive con lo idealizado.

—La vida nunca es lo suficientemente literaria, ¿es eso?

—O quizá la literatura sea la única forma de soportar la vida.

—Eso cuéntaselo a estos —me reta Marisa, señalando el cartel de 4.º B, la que será, desde hoy, mi nueva tutoría—. A ver si los convences y despegan la vista de la pantalla.

La Marisa del I. B. Miguel Hernández no habría hecho ese comentario.

Al revés.

Nos defendía.

Nos animaba.

Nos creía capaces de lo que el resto de la gente no.

Por eso su grupo de teatro se convirtió en algo tan importante.

Algo que nos ha acompañado hasta hoy, contagiándonos de la sensación de que, incluso cuando todo parece en vano, tal vez acabe siendo posible.

Pero la Marisa del I. E. S. Miguel Hernández habla diferente.

Me pregunto si su escepticismo es el resultado inevitable del tiempo, o si solo se trata de un escudo para que la realidad no la frustre.

A lo mejor estoy exagerando.

A fin de cuentas, no ha sido más que un comentario.

A lo mejor tiene muchísima confianza en las posibilidades de 4.º B y de quien duda es de mí.

Si es así, está en lo cierto: hace muy bien en dudar de mí.

Yo también lo hago.

Marisa tiene todo el derecho a preguntarse si ha acertado firmándome esa comisión de servicios a cambio de montar y coordinar un taller literario que, según la AMPA, será muy beneficioso para la creatividad del alumnado.

Me pregunto si está bien fomentar esa creatividad sin comentarle antes al alumnado los peligros de dejar que la vena artística se les desborde.

Riesgos tan obvios como creerse que se pueden tirar tres años dibujando sin cobrar un euro para luego descubrir que no, que no se puede, porque tú te has pensado que eres Paco Roca, o Alison Bechdel, o el mismísimo Will Eisner y, por supuesto, ni eres Roca, ni Bechdel, ni —¿en qué momento se te fue la cabeza?— Eisner.

Solo eres un tipo que acabó Bellas Artes convencido de que el mundo estaba ansioso por recibir su arte y que se llevó un chasco al descubrir que no había nadie esperándolo al otro lado.

Dudo que a Marisa, y no digamos a la AMPA, les apetezca que le cuente algo así a 4.º B. Y mucho menos el primer día, en el que se supone que mi misión se resume en tres grandes cuestiones.

Darles el horario (tarea 1).

Empezar a conocerlos (tarea 2).

Hablarles del taller literario y convencerlos de que se apunten para que a mí me renueven el curso que viene (tarea 3 y la más importante de todas).

Lo mismo presentarme diciéndoles que eso de que los sueños se cumplen es mentira o que la meritocracia con la que les comen la cabeza no existe en el mundo real es un modo poco seductor de atraerlos al taller, así que opto por ofrecerles algo mucho más tangible: un punto extra en la asignatura de Lengua.

—Y lo del taller, ¿de qué va exactamente?

No es su voz, pero podría serlo.

No son sus ojos, pero juraría que sí lo son.

No es ella, pero se parece tanto a la Vero con la que compartí estos mismos pasillos que asumo que, durante este curso, me confundiré al llamarla por el nombre de su madre en más de una ocasión.

—No lo sé... —la busco en la lista—, Candela. Te llamabas Candela, ¿verdad?

Ella asiente y yo gano tiempo para responder a una pregunta que era más que previsible que me plantearan y para la que no he encontrado argumentos especialmente persuasivos.

—Va de lo que queramos que vaya —improviso, dejando claro que no tengo ni la más remota idea—, un taller literario debería ser un espacio abierto.

Suena bien, ¿no?

Sí, sí, suena muy bien, Manu, tú sigue por ahí.

—Se supone que la literatura también lo es, ¿no?

—¿Hola? —me cuestiona un chico que se sienta justo detrás de Candela con un *mullet* acabado en unos rizos teñidos de un azul tan intenso como su mirada—. Cuando la convertís en una lista infumable de nombres y fechas, ya te digo yo que no.

—¿Tú eres...?

—Adam.

«Me sueñas», pienso.